

# «Yo no sabía que estaba escribiendo una novela; me lo dijeron los amigos»

**Xavier Novaes Ledieu**

Llevó a Izaro a París y es quien trae a Julieta Venegas a Donostia

Xavier, dándose un aire a lector irredento de 'Las flores del mal' de Baudelaire, retratado por un buen amigo y fotógrafo.

PEDRO MARTÍNEZ ALBORNOZ



CIUDADANOS  
BEGOÑA  
DEL TESO



Madridiño. Hijo de francés que a través los Pirineos allá por los años 50. Y de José Antonio, periodista. De raza. Como él. Que vive en París desde hace mucho. Lo que no le impide reunirse una o dos veces al año con los otros miembros del que fue su grupo musical. De rock latino. Antes de que eso existiese. ¿Nombre? Los caciques. Estudió en el Liceo Francés. Y Derecho en la Complutense. Desde

el siglo pasado veranea en Hondarribia. Como Miguel Mihura. Como el mismísimo Bergamini. Por eso sabe que hubo un local llamado 'Hamlet', mítico. Veranea también en Zarautz. Potea en Donostia. Donde presentará, dentro de nada y en la librería Donosti, su primera novela, esa que no sabía que estaban escribiendo. Hasta que se lo dijeron. — ¿Quiénes? — ¿Qué?

— Quiénes te dijeron mientras tú recababas información y tiralincabas con ella la trama y las subtramas de 'El alarde', que eso era o iba a ser una novela. — Dos amigos. De los potentes. Uno es Rafael Rodulfo, pintor, ilustrador, autor de la portada de mi libro, editado por Letra Minúscula. El otro, Javier Puga. Es diplomático de carrera. Destinado en Bolivia, en Yemen. Columnista. No me faltan buenos ami-

gos. Ejemplo, Sergio Cruzado, ese promotor musical capaz de crear, a través de su compañía Gin Music, festivales como el Ongu Bonga de 'indie' o el Donostia Festibala Urban. Con él he llevado más de una vez a Gipuzkoa a Julieta Venegas. Eso sí, calibrando muy mucho las horas de pruebas de sonido y los ensayos para que nos diera tiempo a ir a cenar o a comer a una sidrería o a uno de esos caseríos merenderos tan maravillosos. Tengo que hablar de otro amigo fantástico, al que rindo homenaje en el libro, Manuel Gato, un cubano que murió hace poco. Habré estado unos 90 veces en Cuba. Montando conciertos. Estaba en la Fundación Autor de la SGAE. Traíamos aquí a artistas habaneros y llevábamos allá a nuestros más grandes. Serrat incluido.

— ¿Llevaste a Izaro de telonera de Vetusta Moria a Bataclan, la histórica sala de París que recibió el horror de aquel atentado islamista de noviembre 2015?

— Lo hice. Mi productora de gestión cultural se llama Doctor Zhivago. En otros tiempos programé las actuaciones musicales de la sala Siroco. Lleva desde 1989 en la calle San Dmas de Madrid. Hoy precisamente hay una expo efímera pero intensa ('Fast expos' se dicen) de Victor Asuaje. Volviendo a Bataclan. Llevé a Izaro porque me parece fascinante como música. Y como ser humano, comprometida y libre. Y después de Bataclan presentó su 'Limonos de oro' en la cubierta del barco 'l'Alamein' donde también habían estado Belako. Fordeca en el muelle Mourais. Por cierto, la embajada española sufragó algunos gastos del desplazamiento de Izaro y sus músicos. ¿Sabes? Todo está cambiando. Para bien. Me gusta la actitud de los jóvenes vascos, me gusta cómo afronta ese país los retos del XXI. — Así que nada que ver con la grisura mortífera de aquel 1980, localización temporal de su primera, turbia y negra novela.

— Verdad que ahora hay nostalgia del cine y la música de los 80. Sería, sí, la década de la movida madrileña pero 1980 fue feo, gris, triste, letal. A mí me atrapan los autores que contextualizan sus novelas. No me basta un asesino en serie en Minnesota. Prefiero

los relatos de Padura. Por eso hablo hasta de los banquetes de boda que los rancheros organizaban en el aeropuerto de Fuerteventura. Por eso la droga y la mafia corsa; por eso ETA, por eso Chirac... Hasta una rima del 'triller' psicológico como la Highsmith acaba metiéndote en un territorio, un contexto. Con Ripley te sientes a pleno sol... en Italin. — ¿Nos recitarías el poema 'A une passante' de una de tus criaturas favoritas, Baudelaire?

— La rue assourdissante autour de moi hurlait. Longue, mince, en grand deuil, doucior majestueuse. Une femme passa, d'une main fastueuse. Soulevant, balançant le feston et l'ourlet; (...) — 'Ágil y noble, con su estatura de estatua. Yo bebía crispado como un loco en sus ojos. Cielo lívido donde el huracán germinaba. In dulzura hechiza y el placer da muerte' (...).

— Leí 'Las flores del mal' con 16 años y aún no me he recuperado del impacto. Ni quiero hacerlo. Pero que conste que visualmente me he criado con el comic. De Chaval. Asterix. De adultos, los grandes de la 'bande dessinée' francesa.

— Tu página web da acceso vía Spotify a la playlist de las canciones que marcan tu libro. No es mala la selección.

— No podía permitirme una lista floja. Recuerda, soy el guitarrista de Los caciques. Tuvimos nuestro éxito, nuestros temas, nuestro público. Hasta que nos arrojaron el fenómeno Nirvana y el 'grunge'. Mi lista va de Carlos Gardel a Nacha Pop pasando por la Callas y la Piaf. Sin olvidar la versión que de 'Palabras para Julia', el himno de J. A. Goynsola y Paco Ruñez, hace Iván Ferreiro.

— ¿Tu estado de ánimo actual? — Te respondo con el lema que usamos Los caciques al reencontrarnos. Solemos decirnos, 'Somos razonablemente felices'.

«Puede que los siguientes años 80 fueran los de la movida, 'Madrid me mata' y Almodóvar, pero aquel 1980 fue en Euskadi y en toda España un año feo, gris, mortecino»